

TODOS. ¿Qué?

RAFAEL. ¡Salvador!

SALV. Yo peleo sin quejarme; pero cuando me asesinan, grito. Ya he protestado ante la razón; ahora me inclino ante el respeto. Haga usted de mí lo que le plazca. (Pausa prolongada, durante la cual cada uno busca un argumento que aducir y que, al ir á enunciar, suprime por inútil, acabando por abandonarse al desaliento.)

ESCENA IV

DICHOS; HENNY, que se queda escuchando desde la puerta.

TIM. Pero... la solución: porque, en fin, esto debe tener una...

RAFAEL. Que pretexto que ya no la ama.

SALV. ¡Yo no mientol!

JUAN. Decirle la verdad; que no puede ser.

SALV. Yo no la mato. El que tenga valor, que ejerza de verdugo.

HENNY. (Presentándose.) No es necesario.

TODOS. ¡Ella!

JUAN. Pues... Henny, ya lo sabes. Fortaleza no te falta; ten resignación, hija mía.

HENNY. He demostrado tenerla para todo lo irremediable; pero exigirme que sancione con mi resignación la monstruosidad y el absurdo, eso nunca.

TODOS. ¿Qué?

HENNY. (A Rafael y Timoteo.) Hagan ustedes el favor de dejarnos solos.

TIM. (Llevándose á Rafael.) ¿Qué se propone?

JUAN. ¡Henny!...

HENNY. (A Juan.) Tú entra allí con mi madre, y espera á que os llame yo.

JUAN. Pero...

HENNY. Es tu sitio mientras los dos estéis á mi lado. (Vase Juan por distinta puerta que Rafael.)

ESCENA V

HENNY y SALVADOR

HENNY. No nos disimulemos la situación.

SALV. ¡Es espantosa!

HENNY. Tu padre ocupando el lugar del mío en el afecto de mi madre. Nosotros, siendo las víctimas inocentes de los extravíos ajenos...

SALV. Me parece soñar...

HENNY. Pues despierta, porque urge tomar una resolución.

SALV. ¿Cómo?

HENNY. Se ha abierto un abismo á nuestros pies, y hay que retroceder ó salvarlo. ¡Elije!

SALV. No entiendo...

HENNY. No; es que temes; yo te infundiré ánimo. Te devuelvo tu palabra.

SALV. ¡Henny!

HENNY. Yo he cumplido ya con mi deber; cumple tú ahora con el tuyo, diciéndome si la recoges ó la mantienes.

SALV. ¿Puedes dudar de mi cariño?

HENNY. Yo no dudo de nada, ni creo en nada, mientras los hechos no vengan á probarme que debo dudar ó creer. Responde, estoy impaciente.

SALV. Bien sabes que te amo sobre todas las cosas de este mundo.

HENNY. No, no lo sé, y por eso te pido que me lo demuestres.

SALV. ¿Acaso mi pasión se ha desmentido alguna vez?

HENNY. No; pero ha corrido siempre por un cauce limpio de obstáculos, y ahora que encuentra un escollo, necesita saber si su corriente tiene la fuerza necesaria para pasar por encima, ó si va á dividirse en dos disminuyendo su caudal.

SALV. Te comprendo y me partes el alma; porque yo no sé prescindir de tu amor y, sin embargo, de no hacerlo así, tengo que pisotear el respeto que me merece mi padre.

HENNY. No hablemos más. Eres libre.

SALV. ¡Oh! Henny... Yo no quiero que tú me rechaces.

HENNY. No; te auxilio.

SALV. No me he explicado bien; es que dudo.

HENNY. Eso basta.

SALV. Pero la duda está á igual distancia de él que de tí. Inclíname del lado que quieras. Convénceme, aconséjame...

HENNY. ¿Yo?

SALV. Tú, sí. ¿Nuestra situación no es la misma? Pues bien: colócate entre tus padres y yo, y escoge.

HENNY. No me atrevo...

SALV. ¿Lo ves?

HENNY. No. Es que temo hablar, porque no sé si tendrás valor para escucharme.

SALV. Yo he visto la muerte cara á cara.

HENNY. Sí; en esas luchas de un momento en que se arriesgan unas gotas de sangre. Pero el valor que yo pido está más hondo; viene del sufrimiento, nadie lo ve, nadie lo recompensa, y, sin embargo, lo tiene uno que estar manteniendo toda la vida.

SALV. Yo también me he criado en el infortunio... Habla, te lo ruego.

HENNY. Si... no sé... bulle aquí en mi cabeza una amalgama inconcebible de pensamientos confusos. No acierto á explicarme si soy un monstruo al pensar así, ó es que la fuerza de la razón y de la justicia me lleva por un camino diferente del que siguen los demás.

SALV. Tú eres inflexible con el deber, y no puedes equivocarte. Habla, va en ello nuestra felicidad.

HENNY. Los padres... Sí... Los padres. No hay nada más santo en el mundo; pero... ¿Lo son todos los que llevan este nombre?

SALV. No. Es verdad.

HENNY. Son padres los que mantienen el decoro del hogar, los que dan á sus hijos el ejempl'o de sus virtudes; los que envejecen á su lado recibiendo besos á cambio de

bendiciones. Entonces el respeto emana del cariño; la sumisión está encarnada en la naturaleza de la familia; y si el tronco sufre, las ramas se resienten porque todo es árbol que vive de la misma savia. Pero los nuestros, Salvador, Dios me perdone si los acuso; los nuestros tienen hijos, pero no son padres.

SALV. Sí, es cierto... Yo no me atrevía á decirlo.

HENNY. El tuyo profana el recuerdo de su esposa con una desgraciada mujer, de quien soy hija, porque he nacido de ella, pero que, por no haber sabido ser madre, me pone en el caso de tener que avergonzarme de quererte. Los míos me desgajan del tronco y me arrojan á la ventura; á ser buena ó mala, según mis instintos, sin apoyo en la niñez, sin guía en la juventud, sin fe en el porvenir. Y cuando en mi abandono, en mi soledad, en mi destierro de la vida he reunido todas las fuerzas de mi alma para quererte, y he concretado en tí todo el afecto que ellos me han robado, son estos padres los que vienen á decirme: Ese hombre no puede ser tuyo, porque nosotros no hemos cumplido con nuestro deber. Ayer te privamos de una familia y hoy te prohibimos que te formes otra. Niña, te inmolamos á nuestros desaciertos, y mujer, tienes que sacrificar-te á nuestra conveniencia y á nuestras preocupaciones. Y bien. ¿Esto es justo? ¿Hay ley divina ni humana que me obligue á acatarlo? No; ni Dios lo puede permitir sin que se ofenda á la moral, ni el mundo consentirlo sin que protesten de ello todos los padres honrados.

SALV. ¡Henny!... ¡Qué valor me infundes!

HENNY. ¿Soy una desalmada?

SALV. No.

HENNY. ¿Marcho de frente?

SALV. Como siempre.

HENNY. ¿Me sigues?

SALV. A donde vayas. Trázame el camino.

HENNY. Es áspero.

- SALV. No importa.
- HENNY. ¿Tendrás valor?
- SALV. Contigo, sí.
- HENNY. Consulta antes tu corazón.
- SALV. Es todo tuyo.
- HENNY. Piensa si me amas.
- SALV. Desde hoy.
- HENNY. Por lo que más quieras... no me engañes.
- SALV. ¡Henny!
- HENNY. Mira que no tengo á nadie más que á ti en la tierra...
- SALV. Yo haré las veces de todos.
- HENNY. Que me mataría un desengaño...
- SALV. Vivirás.
- HENNY. ¡Que te quiero mucho!...
- SALV. ¡Alma mía! (Le da un beso en la frente.)
- HENNY. ¡Ay! (Lanzando un grito.)
- SALV. (Avergonzado.) ¿Te he ofendido?
- HENNY. No; sino que es la primera gota de rocío que cae en mi corazón sediento, y me he estremecido al absorberla.
- SALV. Vienen.
- HENNY. Vete. Dios te lo pague. (Besándole las manos. Vase Salvador.)

ESCENA VI

HENNY, MARÍA y JUAN

- HENNY. Ahora ya no estoy sola; ya cuento con un sostén; ya tengo algo mío: á defenderlo.
- MARIA. Es necesario concluir.
- JUAN. La natural impaciencia de tu madre, te explicará que sin tu aviso...
- HENNY. Iba á llamaros. Sentáos junto á mí. Más cerca. Que sienta yo vuestro contacto; que me comunicéis vuestro calor, sin huecos por donde pase el frío, como si formásemos una familia entera. (Se sienta entre los dos y les coge las manos.)

MARIA. Sé breve; te lo suplico. (Emocionada.)

HENNY. Llevo más de veinte años de callar; déjame que sea un poco habladora. Vosotros sabéis que yo amo á Salvador.

LOS DOS. Sí.

HENNY. Pero lo que sin duda ignoráis, es cómo le amo. Pues le amo como se respira, por necesidad, para vivir.

LOS DOS. ¡Ah!

HENNY. Yo me he encontrado en el mundo recibiendo un golpe... así, como un pájaro que se cae del nido, y se ve rodeado de reptiles que silban, cuyo peligro no conoce, pero de que instintivamente se asusta, sin poder huir de ellos, porque aún no tienen alas. Abandonado allí en el suelo, ve pasar las noches sin luz, los días con nieves y tempestades; y, siempre solo, aprende á pensar antes de tiempo, en cuándo podrá volar para salir de aquella tumba que le han dado por estreno en la vida. Por fin, una vez logra saltar y gana una piedra. Estimulado por la primera revelación de sus fuerzas, da otro salto y se cobija en una mata. Y así, de brinco en brinco, con conatos de vuelo, balanceándose en una rama, tomando reposo en la punta de un árbol carcomido, llega á la derruida fachada de una antigua iglesia y se guarece en una hornacina donde hay la imagen de un santo: Salvador. Él. El que le dice:— Eso que silba allá abajo, son serpientes que destilan veneno y que matan; pero aquí arriba no llegarán nunca, porque te cobijo yo.—Y al oír su primer trino de alegría, aquella mano que lo arrojó del nido lo arranca de su refugio y se lo devuelve á las viboras con mayor inclemencia que nunca; porque ahora es grande y la presa es más codiciada; le han hecho aprender y conoce el peligro, tiembla de espanto y no puede huir porque le han roto las alas en su caída.

MARIA. Tu madre no, hija de mis entrañas.

HENNY. Esto, ni es justo, ni humano, ni moral.

JUAN. ¡Henny!...

HENNY. No, no vengo á recordaros vuestras *desgracias* para torturaros; vengo á defender lo que no tenéis el derecho de quitarme.

JUAN. ¿Cómo?

HENNY. ¿No me privásteis ya de una familia? Pues no me vengáis á impedir el que me forme otra por el sólo placer de que me quede sin ninguna.

JUAN. Nos juzgas mal. Nosotros no te hemos privado de una familia por el gusto de abandonarle; sino porque... hay circunstancias en que... se hace imposible el trato entre dos personas.

MARIA. No, Juan. Cuando se tienen hijos, los padres se aniquilan, desaparecen, no deben vivir más que para ellos.

HENNY. Eso es.

JUAN. ¿Qué hacer entonces cuando dos caracteres no concuerdan? ¿Cuándo se rompe la armonía en el matrimonio?

HENNY. ¿Qué hacer? Pues... aguantarse. Se encierra cada cual en sus habitaciones y se acabó el trato íntimo, el afecto, la consideración, todo; pero... entre vosotros. Delante de los hijos, como si fuérais los seres más felices de la tierra. ¿Qué tenemos que ver nosotros con vuestro carácter? ¿Qué responsabilidad nos alcanza en vuestras disensiones? ¿Con qué derecho os separáis privándonos de vuestro apoyo en la existencia? Eso sería bueno si os exigiéramos que nos dieseis la vida. ¿Pero qué culpa tenemos de haber nacido? Ninguna. Vosotros no nos pedis nuestro consentimiento para ponernos en el mundo.

MARIA. Basta.

HENNY. Espera: yo he esperado más aún.

JUAN. Siento tenerte que recordar, que estás hablando con tus padres.

HENNY. ¿Y qué?

JUAN. Que los hijos nos debéis siempre sumisión.

HENNY. Cuando pequeños, sí, porque sois más grandes y podéis más.

LOS DOS. ¿Qué?

HENNY. Pero cuando respetuosamente vienen á sacarlos de su error, los padres deben escuchar las quejas de los hijos; porque, si los han herido la primera vez, no pueden estar muy seguros de no matarlos la segunda.

LOS DOS. ¡Ah!

HENNY. Yo le amo; él me adora. ¿Por qué os oponéis á que seamos felices?

MARIA. A tu padre, á mí, no; con mi sangre compraría yo tu dicha.

JUAN. Henny, tú has recibido una educación muy independiente, y no alcanzas á comprender que el hombre tiene deberes para con la sociedad...

HENNY. Pero, entendámonos: si la sociedad es justa, os debe tener excluidos de su seno; y, por consiguiente, ninguna cuenta tenéis que dar á quien no os la viene á pedir.

JUAN. Pero nos tolera...

HENNY. Pues, en ese caso, sería injusta no tolerando también á los hijos, que son la parte inocente y sana de la familia.

JUAN. Pero... nuestro decoro, nuestra propia decencia...

HENNY. Dale su nombre: vuestro egoísmo.

LOS DOS. ¿Cómo?

HENNY. ¿Qué le importa al mundo de dónde se viene ni á dónde se va? Decid que os causa rubor nuestra dicha, porque habéis vivido siempre en la desgracia. Que encontráis irregular nuestro cariño, porque turba la serenidad ficticia de vuestra situación que os habéis acostumbrado á creer normal. Que preferís considerarnos como grandes criminales, á confesaros vosotros simples pecadores.

LOS DOS. ¡Ah! (Ruborizándose.)

MARIA. ¡Hermoso privilegio el de la virtud, merecer del delito que se avergüencen en su presencia!

HENNY. No, padres míos; yo no quiero que humilléis la frente ante vuestra hija, sino que levantéis vuestro espíritu hasta su inocencia. Yo le amo...

MARIA. ¡Juan!

JUAN. ¡Me asesínais! Mira, Henny: cualquiera podría decirnos todo eso, menos una hija que lleva nuestro nombre, á quien hemos dado nuestra sangre, á quien consagramos nuestro cariño, y cuya misión es respetar, compadecer y compartir nuestro infortunio; porque los hijos deben seguir en todo la suerte de los padres.

HENNY. ¿En todo?

JUAN. Sí.

HENNY. Pues oye bien. Yo no he mirado el amor como un aliciente de la vida, sino como un asilo contra la adversidad. No ha sido para mí una flor que se coge al paso, sino un albergue en qué poder cobijarme al salir de un nido falto de calor. Yo me lo he ido construyendo piedra por piedra, sólido, como dirigido por la precaución de mi desgracia; vasto, para que cupiese en él todo mi afecto, y embellecido por la esperanza para que sonriesen en él las ilusiones .. si venían. Y lo he concluído, y estaba contenta de mi obra, y ya iba á entrar en él, casi feliz, cuando una ráfaga viene á derribar mi edificio sin tener la clemencia de cogerme entre sus escombros... ¡Padre! Esto no es justo... esto no puede ser. Ten compasión de mí, de mí, que hasta ahora me había mantenido sin llorar... y que no quiero maldecir nunca...

JUAN. ¡No me tortures!...

MARIA. (A Juan.) Ten entrañas...

JUAN. Pero, ¡alma mía... si no puede ser!

HENNY. Entonces, ¿qué hago yo con este amor que no me puede salir del pecho? ¿Encerrarme en un claustro? No tengo vocación. ¿Ser su querida? No quiero.

LOS DOS. ¡Ah!

JUAN. Eso, nunca.

HENNY. ¿Nunca? Pues ya ves cómo tú mismo convienes en

que los hijos no deben seguir en todo la suerte de sus padres.

MARIA. ¡Conciencia mía! (Echándose en sus brazos.)

JUAN. No puedo más.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; CARMEN, RAFAEL y TIMOTEO, por una puerta; JULIA y SALVADOR, por otra; LOLITA, volviendo del balcón, que deja abierto, y á cuyo lado se mantiene, y al final, LUISITO, encaramándose á la barandilla.

LOLITA. ¡El carruaje...!

JUAN. (Aparte.) Por fin.

CARMEN. Veníamos á avisar...

JULIA. Estas flores para el camino. (Dando un ramito á María.)

SALV. (Aparte á Henny.) ¿Y bien?

HENNY. (Aparte á Salvador.) ¡No me abandones!

RAFAEL. ¿Vamos? (A Henny.) Permítame usted que le pida perdón por haber contribuido á destruir su dicha.

HENNY. (Repuesta, casi humorística.) Al contrario; á mí me toca pedirselo á usted, y á todos, por el acto de rebelión que voy á ejecutar.

TODOS. ¿Cómo?

HENNY. Haciendo uso de mi derecho.

JUAN. ¿De tu derecho?

HENNY. Pues qué, ¿la ley que autoriza á los padres, cuando están quejosos de sus hijos, á declararlos pródigos, á incapacitarlos, á desentenderse de ellos, invocando el apoyo del juez, no nos había de facultar á nosotros á tomar represalias cuando ellos no hacen lo que deben?

TODOS. Pero...

JUAN. Acabemos.

HENNY. Sí, acabemos. Lo que no se desata, se corta; (A Timoteo.) ¡señor magistrado!

TIM. ¿Eh? Ese tono...

HENNY. Vengo de oficio. Cumpla usted con el artículo cuarenta y siete del Código civil.

JULIA. El mío.

TODOS. ¿Qué?

TIM. Que en mi calidad de juez, y sin perjuicio de llenar las formalidades legales, vengo á suplir el disenso paterno, para que Henny, que desde este instante queda depositada aquí, se case judicialmente con Salvador.

TODOS. ¡Ah!

JULIA. ¿Es posible?

SALV. (Corriendo á Henny.) ¡Mi alma!

CARMEN. Y yo, madrina. (Lloriqueando y abrazándola.)

MARIA. ¡Hija de mi corazón! (Besándola.)

RAFAEL. (A Salvador.) Pero tú...

SALV. (Abrazándole.) Todos hemos cumplido con nuestro deber. ¡Padre, me declaro en huelga!

LOLITA. El cochero dice que es tarde.

RAFAEL. Sí... ni un minuto más.

MARIA. ¡Adiós!

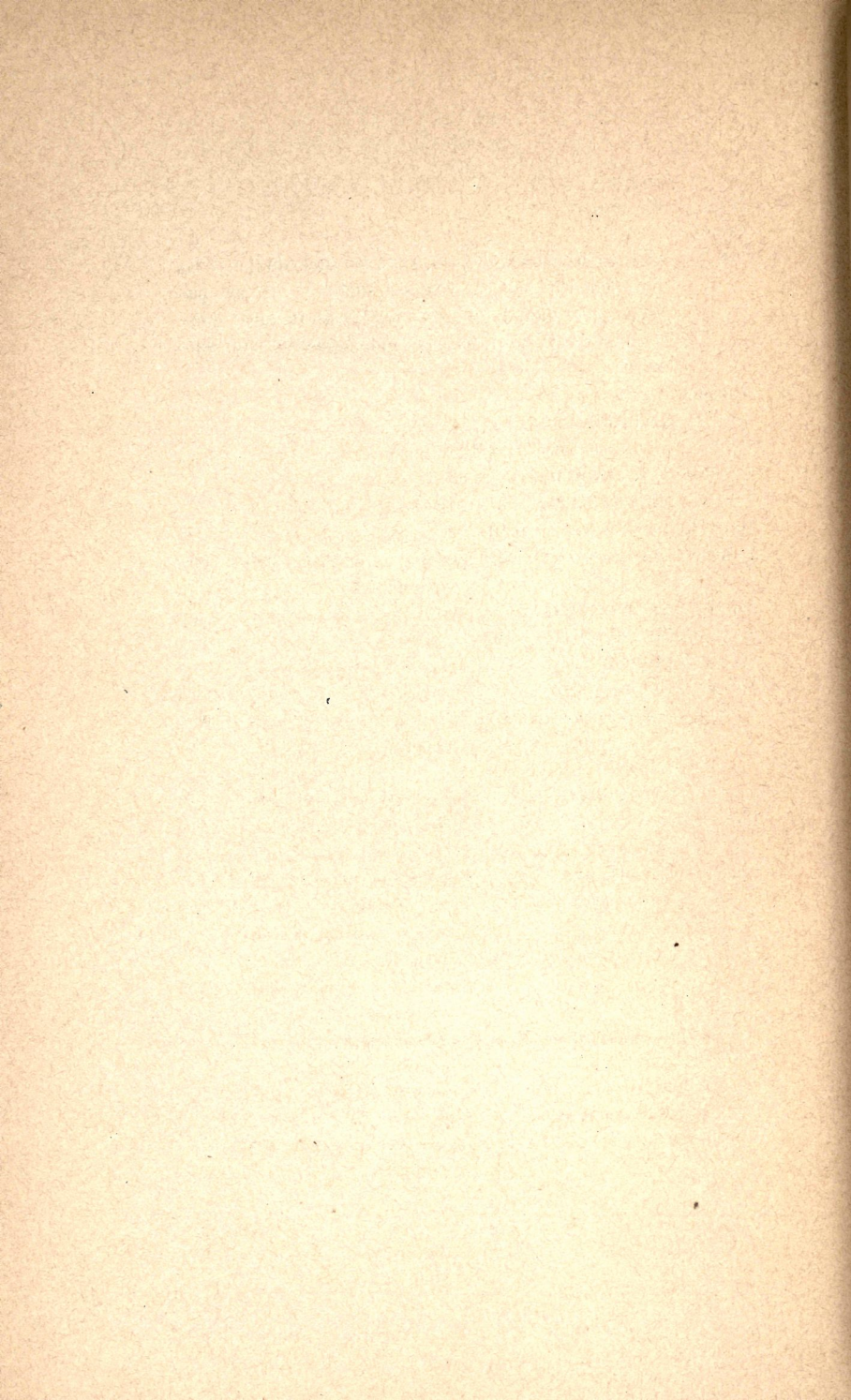
HENNY. No, hasta pronto. (Todos se dirigen al foro, donde hay gran expansión en la despedida entre Henny y su madre, que se besan con delirio. Juan se deja caer en una silla y Timoteo le consuela.)

JUAN. ¡Dios la haga tan feliz como desgraciado es su padre.

LOLITA. (Aparte á Luisito, al tado del balcón.) Mañana, lo mismo. ¡Adiós!

LUISITO. (Gateando por los hierros.) Y en cuanto salga usted de menor edad, como la prima... artículo cuarenta y siete.

FIN DE LA COMEDIA



OBRAS DE D. ENRIQUE GASPAR

- CORREGIR AL QUE YERRA.... Comedia en un acto, original
en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR.... Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO. Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO. (Tercera edición.) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER (2.^a ed) Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES! (5.^a ed.) Id. en un acto, id. id.
- EL PIANO PARLANTE..... Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO... Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE..... Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA..... Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS..... Comedia en tres actos arre-
glada del francés.
- LAS CIRCUNSTANCIAS..... Id. en tres actos y en prosa,
original.
- LA CHISMOSA..... Id. en tres actos y en verso,
original.
- LA LEVITA. (Segunda edición) Id. en tres actos, en prosa,
original.
- DON RAMÓN Y EL SEÑOR
RAMÓN..... Id. en tres actos, en prosa,
original.
- LA CAN-CANOMANÍA..... Sátira en un acto.
- LOS NIÑOS GRANDES..... Comedia en tres actos, en pro-
sa, original.
- EL ESTÓMAGO..... Comedia en tres actos, en prosa,
original.
- ÁTILA..... Drama en tres actos, en verso,
original.
- EL OSO PROSCRIPTO..... Comedia en tres actos, en prosa,
original.
- LA NODRIZA..... Comedia en dos actos, id. id.
- LAS SÁBANAS DEL CURA..... Boceto en un acto, id. id.
- LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO Juguete cómico en dos acto
y en prosa.

- T1
- LE1
- SXIX
- ARES

ADMINISTRACION PÚBLICA... Boceto en tres actos y en verso.
PROBLEMA..... Comedia en tres actos, en prosa.
AMOR Y ARTE..... Drama en tres actos, en prosa.
LA LENGUA. Comedia en tres actos en prosa.
LA GRAN COMEDIA..... Comedia en tres actos y en prosa.
LOLA..... Comedia en tres actos y en prosa.
LAS PERSONAS DECENTES... Comedia original en tres actos y en prosa.
LA ESTATUA ECUESTRE..... Boceto en un acto y en verso.
MAR Y CIELO..... Tragedia en tres actos, traducida del catalán.
EL HABA DE SAN IGNACIO. Comedia en tres actos y en prosa.
JUDIT DE WELP..... Tragedia en tres actos, traducida del catalán.
LA HUELGA DE HIJOS..... Comedia en tres actos y en prosa, original.



1076123



ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.